

¡Proletarios de todos los países, uníos!

HILO ROJO

ORGANO TEORICO-POLITICO DEL PARTIDO COMUNISTA
PARA PREPARAR EL PARTIDO COMUNISTA DE LA PROXIMA REVOLUCION

Nº 10

Enero/Febrero de 1996

Precio: 200 ptas./3.000 lire

Correspondencia (escribir -sin otra mención-): Apartado de correos nº 265 -08080- Barcelona (España)

Paz imperialista en los Balcanes...
Derrota electoral de la "*reforma económica*" en Rusia...
Alud proletario en Francia...
BURGUESES CONTRA PROLETARIOS:
SE ACORTAN LOS PLAZOS DEL PROXIMO CHOQUE

Algo esencial separa, en el terreno objetivo de la lucha de clases, a los revolucionarios -a todos aquellos que verdaderamente sirven a los intereses del proletariado- de los reformistas, de toda esa canalla reaccionaria que, incluso traidoramente, desde dentro mismo de las filas trabajadoras, cumplen el papel de lacayos del capitalismo.

No es, desde luego, la utilización, en exclusiva, de determinadas consignas, pues por radicales que éstos lemas sean, los dirigentes reformistas, en un momento dado, pueden presentarse como sus paladines, ¡todo les vale, en ocasiones apuradas, con tal de no quedar descabalgados del movimiento proletario!...

Tampoco separa irreductiblemente a revolucionarios de reformistas el pactar o no con tal o cual fracción de la burguesía. No en vano, todo trabajador guiado del sentido común, comprende fácilmente que, en tanto que el proletariado no disponga de la fuerza suficiente para acabar con sus enemigos capitalistas, es deber de todo revolucionario consecuente trabar aquellos acuerdos -incluso, si es preciso, con el propio diablo- que favorezcan el reforzamiento del movimiento independiente de nuestra clase.

No, definitivamente, no es nada de eso lo que separa a los revolucionarios de los reformistas, pues cualquier proletario avanzado sabe de sobras que, por ejemplo, en su tiempo, los mejores jefes que ha tenido nuestra clase, los dirigentes más revolucionarios que, hasta hoy, ha visto la historia -Marx, Engels y Lenin- coincidieron, en no pocas ocasiones, en luchar por objetivos (el alza de los salarios o la libertad de ciertos pueblos oprimidos, sin ir más lejos) que también eran reivindicados, entonces como hoy, al menos de palabra, por servidores reformistas del capital. Y también es conocido que ninguno de esos dirigentes del Partido Comunista le hicieron ascos, en su momento, a pactar acuerdos con la propia burguesía, siempre y cuando ello resultara provechoso para la defensa de los intereses del conjunto del proletariado.

Así, pues, la verdadera diferencia esencial entre revolucionarios y reformistas está situada en otro plano más profundo que el de las consignas que se proclaman y el de los pactos que se suscriben.

Desde el año 1848 en el que el proletariado -armado con su propio programa, el *Manifiesto del Partido Comunista* que escribieron Marx y Engels- se constituyó definitivamente como clase revolucionaria, siempre ha sido y será así: revolucionario es quien, más allá de cualquier otra consideración, lucha por defender los intereses de la clase explotada sin ceñirse, antes bien combatiendo, toda ilusión en hacerlos efectivos mediante no importa qué reforma del capitalismo. Por el contrario, reformista es todo aquél que, incluso por medios ultrarradicales, obra por una mejora parcial del mundo burgués.

(>>> sigue en p. 3 >>>)

#####

XIV Congreso
EL PCE DE ANGUITA,
NI MARXISTA NI REVOLUCIONARIO

(EN PAGINA 40...)

#####

LO QUE PIENSAN NUESTROS LECTORES Y LO QUE LA LUCHA POR EL PARTIDO NECESITA DE ELLOS

Llegan noticias de los compañeros que nos leen..

Lo primero que necesita, de nuestros lectores, la lucha de HILO ROJO para preparar el Partido Comunista de la próxima revolución, son más comunicaciones, de su parte. Más cartas, más informaciones, más aportaciones revolucionarias al periódico comunista

Hay quien viene a ver, en él, un instrumento para tejer una red revolucionaria que ligue, de arriba a abajo, a toda nuestra clase...

La lucha por el Partido, necesita de más compañeros, de más lectores, que vean así *HILO ROJO*. Necesita de más proletarios avanzados que entiendan nuestros escritos como lo que son: un arma para organizar, de forma consecuentemente revolucionaria, a la vanguardia de la clase trabajadora.

Hay quien trabaja -"elabora"- *HILO ROJO*, antes de pasárselo a otros compañeros. Recoge la "línea" que "marca" el periódico y la transmite a los proletarios de su entorno...

¡Bravo por él! Lo que la lucha por el Partido necesita ahora, de estos compañeros, es que tomen la iniciativa de organizar, en su localidad, reuniones de lectores para discutir *HILO ROJO*. Para llevarlas a cabo, pídanos, compañeros, la ayuda que precisen (más periódicos, un conferenciante, contactos preparatorios previos...).

Compañeros del sindicato "Comisiones Obreras" (CC OO), a quienes les parece que *HILO ROJO* dice "cosas muy interesantes y puras", se preguntan, sin embargo, dónde estamos y por qué "no se está al lado de las reivindicaciones de los trabajadores"...

Defendemos esas reivindicaciones, compañeros. Pero si la clase obrera necesita de *HILO ROJO*, es para ir más lejos de lo que ya, por sí solos, van los trabajadores con sus luchas. El proletariado espontáneamente defiende y defenderá sus reivindicaciones. No necesita de los revolucionarios para ello. Por eso, los comunistas de veras centramos todas nuestras energías en hacer precisamente el trabajo que el capitalismo, con su explotación embrutecedora, no permitirá hacer nunca a la masa trabajadora, en preparar, sobre la base de las enseñanzas históricas alcanzadas por las revoluciones proletarias, el Partido capaz de conducir al triunfo el próximo alzamiento de la clase explotada. Lo que, por ejemplo, esa lucha por el Partido necesita ahora de vosotros, compañeros, es que os empeñéis en sacar conclusiones revolucionarias del VI congreso de CC OO. El artículo, sobre el congreso, publicado en el nº 9 de *HILO ROJO*, está escrito precisamente para dirigir esa lucha. Contiene el esbozo de un plan revolucionario para hacer de CC OO "una escuela de comunismo", para defender los intereses de nuestra clase en el sindicato. Para llevar adelante esta línea de independencia de clase, esta batalla revolucionaria, contactad con *HILO ROJO* y decidnos qué necesitáis (formación comunista para afrontar -con éxito- a los líderes traidores de los sindicatos, orientación para redactar un llamamiento proletario destinado a todos los compañeros de CC OO, páginas -en el periódico- para informar de vuestra lucha...)

Algunos lectores se quejan también de que "cuesta entender *HILO ROJO*"...

Tienen toda la razón. Nuestro periódico no es fácil de comprender para la mayor parte de los trabajadores. Su contenido plantea incluso dificultades a los proletarios avanzados. Eso, aunque parezca mentira, es normal e incluso, debemos decirles que, en realidad, es una buena señal, compañeros. La razón de que *HILO ROJO*, a diferencia de otros periódicos, sea difícil de entender, es sencilla. A diferencia de la prensa que gusta de repetir lo ya sabido, *HILO ROJO* es un periódico comunista y, en tanto que tal, su deber es, como escribieron Marx y Engels, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, de 1848: tener "sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario". Sólo así, como escribieron también en ese Manifiesto revolucionario, esos dos grandes jefes del proletariado, pueden "los comunistas" ser "el sector que siempre impulsa adelante a los demás" sectores de nuestra clase. Lo que la lucha por el Partido necesita de los proletarios avanzados que nos leen es que estudien *HILO ROJO*, que hagan suya la ciencia comunista de Marx, Engels y Lenin a cuyo desarrollo dedicamos sus páginas. Sólo así, armado de la teoría revolucionaria, podrá el Partido dirigir, mañana, con firmeza, al proletariado, en su combate a muerte, contra la burguesía.

Se insiste, asimismo, en conocer nuestros orígenes. *HILO ROJO* no es fruto de tal o cual partido u organización de nuestros días. Militantes de muy diferentes trayectorias políticas, fusionamos, en su momento, en *HILO ROJO*, sobre la base de un largo y tortuoso proceso de previa ruptura plena -tanto en el plano programático como en el organizativo- no sólo con todas las corrientes burguesas existentes en la escena social, sino también con la nefasta influencia oportunista de ellas dentro mismo de las filas del proletariado. Así, *HILO ROJO* fue conformado no en virtud de tal o cual divergencia con tal o cual partido de hoy, sino bajo el dictado de la más perentoria necesidad objetiva inscrita en la actual situación de la lucha de clases. Surgió para responder -mediante el desarrollo de la línea histórica del Partido Comunista de Marx, Engels y Lenin- a la más decisiva exigencia de la próxima revolución: la de dotar al proletariado de una dirección revolucionaria. De ahí venimos: de la estela secular que, a través de la lucha revolucionaria de nuestra clase, conduce al comunismo. Y lo que esta lucha por el Partido necesita ahora de todo lector revolucionario, verdaderamente comprometido con nuestra clase, es su paso militante al frente, su adhesión a *HILO ROJO* para hacer valer, contra el revisionismo de todo pelaje, la herencia del movimiento comunista.

Compañeros proletarios a los que la confusión política actual no ha permitido aún escaparse, del todo, del influjo del cenagoso pantano en el que chapotean las fuerzas reformistas burguesas, incluso viendo *HILO ROJO* con simpatía, tienden a mezclarlo con tal o cual fracción capitalista radical. Deletreemos, pues, para que nadie se llame a engaño, lo que resalta de nuestro programa y de todos y cada uno de los escritos del periódico: no somos ni estalinistas, ni maoístas, ni trotskistas... Somos comunistas y, en tanto que tales, combatimos, sin conciliación posible, todas esas fuerzas del capital que, a lo largo, de la historia, han traicionado al proletariado. Tampoco somos de aquellos compañeros proletarios, izquierdistas, que sueñan idealistamente con la revolución... ¡mientras renuncian a poner en práctica los medios necesarios para conquistar efectivamente la confianza de las masas

(>>> sigue en p.69 >>>)

Paz imperialista en los Balcanes...
 Derrota electoral de la "reforma económica" en Rusia...
 Alud proletario en Francia...

**BURGUESES CONTRA PROLETARIOS:
 SE ACORTAN LOS PLAZOS DEL PROXIMO CHOQUE**

(>>>viene de portada>>>) Pero, dentro mismo del campo revolucionario, algo esencial distingue también a los comunistas del resto de sus compañeros, de los revolucionarios que luchan por los intereses proletarios. Comunista ha sido y es sólo aquel partido, de entre el resto de partidos proletarios, que ha conquistado la capacidad de comprender el cauce histórico a través del cual madura el movimiento revolucionario de nuestra clase. Comunista es sólo aquel revolucionario que, en su toma de partido por nuestra clase, se ha elevado a la aprehensión de las lecciones históricas dejadas por la batalla secular del proletariado contra la burguesía. Comunista es hoy sólo aquél que, haciendo suyo el útil revolucionario transmisor de tales enseñanzas -el Partido Comunista de Marx, Engels y Lenin-, actúa para hacerlas valer en la escena contemporánea, preparando, en base a ellas, el triunfo de la nueva revolución.

Corresponde, por tanto, a los comunistas -asentados sobre la ciencia revolucionaria de nuestro Partido, aupados sobre certezas que, de revolución en revolución, han sido cada vez más fuertemente verificadas, cada vez más ampliamente desplegadas- dar a conocer, a nuestra clase, las encrucijadas en las que están llamados a desembocar, más allá de sus propias intenciones y conciencias actuales, burgueses y proletarios. Nuestra tarea es preparar al proletariado para afrontar adecuadamente, conforme a sus propios intereses, los derroteros próximos de la lucha de clases a través de los cuales continuará abriéndose paso el torrente histórico del comunismo que acabará por sepultar, para siempre, a la sociedad capitalista.

Cumplamos, pues, con ése nuestro deber de vanguardia proletaria, a la luz de los últimos acontecimientos de relieve sobrevenidos: la paz reaccionaria, imperialista, impuesta en los Balcanes, la derrota, en las urnas, de la "reforma económica" promovida por las grandes potencias capitalistas y la propia burguesía nacional en Rusia y la avalancha de huelgas y movilizaciones proletarias que, durante los dos últimos meses y medio, ha arrinconado contra las cuerdas a la burguesía francesa.

* * *

Cuando se leen, en periódicos de nuestra clase, como, para el caso, *Acción proletaria* -publicación en España de la Corriente Comunista Internacional (CCI), nº 125, noviembre/diciembre de 1995- afirmaciones tan flagrantemente contrarias a los hechos que puede comprobar todo trabajador como, por ejemplo, que "el plan de paz americano va a agravar la guerra" en los Balcanes, no se puede por menos que parar en mientes acerca la absoluta ausencia de auténticos fundamentos comunistas sobre la que obran la inmensa mayoría de los proletarios revolucionarios de nuestros días. Los compañeros de la CCI, como, por otra parte, tantos otros compañeros que hoy combaten por la revolución proletaria quieren efectivamente esa revolución, pero demuestran desconocer completamente, con afirmaciones como la anterior, el camino real para llegar a ella. Hasta tal punto lo desconocen que son abocados a negar, sin más, cualquier nuevo acontecimiento de importancia, puesto que, en definitiva, su programa oportunista les hace incapaces de explicar, de acuerdo con la teoría comunista, lo que va sucediendo ante nuestros ojos. Así, en su afán voluntarista de deteriorar el capitalismo, vemos cotidianamente a fuerzas, como la susodicha CCI, deteriorar, en realidad, su propia naturaleza proletaria, al intentar hacernos comulgar con ruedas de molino tales como ¡que no ha existido expansión económica, tras la anterior crisis productiva o que no se ha detenido la guerra en los Balcanes!... Por supuesto que quienes se frotan las manos ante tales "cuentos chinos" no son otros que los dirigentes reformistas del proletariado. Las patentes irrealidades pregonadas por la CCI y otros grupos izquierdistas de nuestra clase siempre les han permitido y permiten, a fin de cuentas, a los lacayos del capitalismo en las filas trabajadoras, poner a los proletarios más avanzados e inquietos que se rebelan contra sus traiciones, en el brete de tener que elegir, entre seguir tolerando su dirección burguesa, traidora pero que toca con los pies en el suelo, o apuntarse al idealismo aventurero de quienes se oponen radicalmente a esa línea reformista y predicán, por doquier, la idea del comunismo..., ¡mientras son incapaces siquiera de distinguir entre una fase del ciclo económico de crisis y otra de alza de los negocios o entre la paz y la guerra o entre el fascismo y la democracia capitalistas,...!

Y, sin embargo, las pautas de la comprensión comunista del desarrollo de los hechos reales de la actualidad han sido dadas ya, a lo largo de la historia de lucha del proletariado, por nuestro Partido. Claro está que se encuentran en los jalones emplazados por el Partido Comunista de Marx, Engels y Lenin, y no en las desviaciones revisionistas que caracterizan a revolucionarios como Rosa Luxemburg, Gorter, Pannekoek o Bordiga, cuyos errores infantiles -combatidos implacablemente, ya en su momento, por Lenin- son todavía hoy idolatrados, sin embargo, tan fraudulenta como oportunistamente, por las fuerzas izquierdistas proletarias de nuestros días.

* * *

"El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado. Esto ha sido confirmado a escala mundial en 1917", así de rotundo se manifestaba Lenin en su "Prólogo a las ediciones francesa y alemana" -escrito en julio de 1920- de su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

Es de esta comprensión comunista, expresada por Lenin, de nuestra época como un tiempo "*de capitalismo agonizante*"; es de este análisis que demostraba, a la sazón, que, en el camino del triunfo final de esa revolución proletaria internacional, "*las guerras imperialistas son absolutamente inevitables*", que parte HILO ROJO a la hora de hacer suyos los presentes acontecimientos.

O guerra imperialista mundial o revolución proletaria internacional. En tal disyuntiva entró necesariamente la sociedad burguesa a partir de su crisis económica de 1900 la cual marcó un punto de inflexión en el desarrollo capitalista. Hasta entonces, las gigantescas industrias que se iban desplegando, competían todavía con otras numerosas en las que aún -a falta de la introducción de la moderna maquinaria- no regía la organización científica del trabajo en cadena -el "*taylorismo*"- ideada para suprimir los tiempos muertos de la producción y hacer posible una valorización cualitativamente superior del capital invertido. Los resultados de la crisis de 1900: la potente expansión económica que la siguió hasta la nueva crisis de 1907, al dar el espaldarazo definitivo, en las industrias siderúrgica y eléctrica, a esa nueva composición técnica del capital, adecuada al taylorismo, emplazó la dinámica económica de fondo que hacía objetivamente imprescindible, para el desarrollo capitalista, la primera guerra imperialista mundial. La liquidación, a gran escala, del ya anticuado aparato industrial existente y un nuevo reparto mundial de los mercados de todo el planeta, en el cuadro del establecimiento, de la mano de la extensión del taylorismo, de una tasa sin precedentes de explotación del proletariado; tales fueron los imperativos económicos que empujaron inexorablemente al capitalismo a desatar la guerra. Y fue finalmente la traición, en 1914, de los dirigentes oportunistas de la II Internacional lo que la hizo posible, hasta la irrupción en escena, bajo la dirección del Partido Comunista de Lenin, de la revolución proletaria internacional abierta, en Octubre de 1917, con la imposición, por el proletariado ruso, de su dictadura de clase contra la burguesía.

O guerra imperialista mundial o revolución proletaria internacional. De nuevo ésta fue la disyuntiva de la sociedad burguesa entre 1929 y 1939. Ocho millones y medio de proletarios inmolados en aras del capitalismo, amén de la ingente destrucción de fuerzas productivas -todo ello realizado por la I Guerra Mundial- no habían sido suficientes, entre tanto, para prolongar sus efectos benéficos, sobre la valorización capitalista, mucho más allá de una década. Tras la finalización obligada y prematura, para el capital, de la contienda, bajo la amenaza del triunfo internacional del proletariado revolucionario, las expansiones económicas de 1918-1920 y la de 1922-1928 vieron la eclosión de la industria del automóvil y, con ella, el despliegamiento enérgico de la acción objetiva de un nuevo vector social que clamaba apremiantemente por el establecimiento y desarrollo -sin traba alguna, sobre la base de la liquidación definitiva de todo el viejo entramado productivo- del taylorismo en los cuatro rincones del planeta. Bajo tales coordenadas, la crisis de 1929-1932 -al abrir lo que sería un nuevo periodo de desvalorización capitalista, es decir, de dificultades crecientes en la consecución de beneficios por el capital- abrió también, de paso, el curso hacia la nueva guerra imperialista o hacia la nueva revolución proletaria. Pero, en el dominio de la lucha de clases, dicho curso estaba ya resuelto, desde 1926. Había sido decantado, ya entonces y en favor de la reacción, gracias al aplastamiento traidor, organizado, en aquella fecha, por el Komintern de Stalin, de las últimas oleadas de la revolución proletaria internacional que un día viera Lenin. Fue entonces cuando quedó sentenciado el curso hacia la nueva guerra imperialista mundial, merced a la liquidación -en nombre de los intereses burgueses rusos expresados por la política del "*socialismo en un solo país*"- del movimiento revolucionario de los proletariados chino y británico. Stalin -quien, a su vez, sólo pudo consumir dicha traición en base al vertiginoso desarrollo capitalista en marcha en el interior de la propia URSS y al vigor potencial de la economía burguesa mundial- pasó, acto seguido, a liderar las primeras filas de la contrarrevolución burguesa internacional mediante la expulsión del Komintern y la exterminación sistemáticas de los compañeros de Lenin, la vieja guardia bolchevique, y de todo proletario susceptible, en no importa qué lugar del planeta, de oponerse a su línea reaccionaria de asentamiento de una "*coexistencia pacífica*" de la URSS con las grandes potencias imperialistas y, en el interior de cada una de éstas, del proletariado con sus propias burguesías, por medio de la política "*antifascista*" de los "*Frentes Populares*". Liberado, por este camino, de todo vestigio inmediato del Partido Comunista de Marx, Engels y Lenin, Stalin pudo, primero, colaborar decisivamente en abocar al proletariado español a la masacre contrarrevolucionaria y fratricida, de 1936-1939, que le costó un millón de muertos. A continuación, con su "*pacto germano-soviético de no agresión*", firmado con Hitler, en agosto de 1939, Stalin dio el banderazo definitivo para el inicio de la II Guerra Mundial. Cincuenta millones de proletarios de todo el mundo pagaron, con su vida, esta vez, las exigencias de valorización capitalista. Sobre la base de sus cadáveres y de la destrucción, en ruinas, de la mayor parte de Europa y de Japón, el capital pudo, al fin, alcanzar gozosamente los anhelos que guiaban su desarrollo desde principios de siglo. Levantó, por doquier, de nueva planta, un moderno aparato productivo, apto para ser espoleado por el látigo del perfeccionamiento de la organización científica del trabajo y pudo extender el trabajo asalariado, durante dos décadas y media, a los cuatro puntos cardinales del planeta, mientras acrecentaba, como nunca, a cambio de ciertas migajas sociales, la sobreexplotación de los trabajadores de los países más avanzados.

O guerra imperialista mundial o revolución proletaria internacional. Por tercera vez asoma, en nuestros días, esta disyuntiva en la escena histórica de la sociedad capitalista tras la primera crisis económica internacional y simultánea de las grandes potencias imperialistas tras la II Guerra Mundial, que se desencadenó en 1970. Paso a paso, cada nueva crisis y cada consiguiente expansión de los negocios posteriormente ocurridas, ha verificado con más fuerza la naturaleza de este periodo que todavía vivimos como el de una situación prerrevolucionaria que, de nuevo, sólo podrá acabar conduciendo, bien a una nueva salida reaccionaria de masacre masiva, más allá de todo precedente, de los trabajadores, a cuenta del capitalismo; bien al hundimiento final de la sociedad burguesa a manos de la clase revolucionaria, el proletariado.

Desde 1970, los problemas galopantes encontrados, por la burguesía, para valorizar el capital se han expresado a unos niveles históricamente inéditos. Entre ellos:

> A la introducción masiva, en la industria, durante los años 70, de las técnicas informáticas, desalojando permanentemente del mercado de trabajo, por primera vez en la historia del capitalismo, a todo un sector de proletarios, ha sucedido, en los años 90, como exacerbación de esa nueva composición técnica de la que precisa el capital para sobrevivir -en su naturaleza de valor que se valoriza- el inicio de la aplicación, ya imparable, a los procesos productivos, de las ultramodernas técnicas de telecomunicaciones y cibernética que imponen irremisiblemente -como norma de competitividad de las empresas- una destrucción inexorable y, cada vez, a mayor escala, del trabajo vivo.

> Las crisis que han ritmado el periodo (1974, 1980, 1986 y 1990) han tendido a hacerse más catastróficas y profundas, encontrando salida sólo gracias a un endeudamiento récord del capitalismo mundial que ya supera, sin comparación posible, tanto en cifras absolutas como en proporción de la producción, las deudas existentes en la antesala de las dos grandes guerras.

> Por ende, esas crisis, para ser superadas, han exigido arruinar y sin vuelta atrás posible -por medio del pago de esa deuda, imprescindible para salvaguardar las deterioradas economías de las grandes potencias imperialistas- toda posibilidad de desarrollo capitalista en zonas cada vez más vastas del planeta, así como establecer una interdependencia tal, entre todos los países capitalistas del globo (¡recordemos la reciente crisis mexicana!), que acrecienta, día a día, los elementos de riesgo de un inmediato "crack" financiero internacional colapsador de la producción mundial.

> A todo esto, las recuperaciones económicas han ido perdiendo aliento, una a una, hasta llegar a la actual (1994-1995) que amenaza con ser la más corta y débil de toda la historia capitalista.

Los efectos sociales de estos imperativos económicos saltan a la vista para todo aquel que quiera verlos. Miles de millones de proletarios de las colonias desahuciadas y de los países atrasados se mueren de hambre; ya no tienen cabida alguna en los planes capitalistas. En los países avanzados, la miseria crece también imparablemente. Desde 1970, en ellos, tiende a descender el número global de asalariados activos, mientras aumenta la sobreexplotación de los que aún mantienen el empleo. Desde hace décadas, los dirigentes burgueses de todo el mundo, faltos de soluciones a este dictado ineludible del capital, sólo pueden que repetir la misma letanía: aseguran que hay que introducir cuanto antes esas nuevas tecnologías productivas aunque sea a costa de seguir reduciendo las plantillas; insisten en que hay que reducir el salario aunque ello comporte que más y más trabajadores no puedan ya comprar las mercancías capitalistas que se producen, se emperran en que hay que hacer "más flexible", esto es, más precario, el empleo aunque ello esté impidiendo ya al proletario reproducir su clase, y se encabezonan irremediabilmente en que hay que aumentar la productividad, es decir, la explotación del productor, aunque las fuerzas de éste se aproximan ya a su límite vital...

Si esta situación prerrevolucionaria, compañeros proletarios, se mantiene, desde hace 25 años, si no ha dado paso ya a la III Guerra Mundial, es porque la burguesía, pese a las apariencias, ya no cuenta, frente al proletariado, con las seguridades reaccionarias que propiciaron las dos anteriores matanzas reaccionarias mundiales. La burguesía de hoy no puede contar, para someter al proletariado, con una ayuda similar a la que, en 1914-1918 le prestara la dirección contrarrevolucionaria de la II Internacional -la cual encuadraba, en sus organizaciones, a millones de obreros. Tampoco dispone de nada parecido al Komintern de Stalin el cual era capaz de empujar, a los trabajadores, a una nueva guerra imperialista, en nombre de los falsos intereses del "socialismo" y del "comunismo". Los dirigentes burgueses, conscientes de su debilidad social actual para franquear dicho paso, prefieren, por el momento, prolongar la vigente y cada día más relativa paz, aunque únicamente sea para ganar tiempo en sus pasos cada vez más orientados objetivamente a la guerra. Pero cuando se puede ya constatar como, de crisis en crisis, aumenta el número de parados y cómo las mismas fases de bonanza de los negocios se acompañan de nuevos ataques al empleo y a las condiciones de supervivencia proletaria; cuando los Estados burgueses van abandonando a su propia suerte a los proletarios sin trabajo, recortando sus subsidios, cuando no sencillamente eliminándolos: cuando es notorio que ningún partido capitalista ni reformista puede dar una verdadera salida a esta realidad, es hora compañeros, de empezar a sacudirse toda ilusión al respecto. Nos hallamos en la antesala de una nueva situación revolucionaria.

O guerra imperialista mundial o revolución proletaria internacional. Tal es el próximo devenir inevitable de la sociedad burguesa de nuestros días.

* * *

En este sentido, la guerra imperialista desencadenada en los Balcanes debe constituirse como un aviso de gran importancia para el conjunto del proletariado mundial. Lo mismo que las guerras balcánicas de 1912-1913, lo mismo que la guerra imperialista de España de 1936-1939, la de nuestros días, en los Balcanes, ha servido, ante todo, para poner a prueba la capacidad burguesa de movilización reaccionaria del proletariado. Los resultados, todo hay que decirlo, han sido todavía muy limitados en relación a las exigencias objetivas del capital. Si es cierto que, durante cuatro años, la guerra reaccionaria se enseñoreó de Bosnia, Serbia y Croacia, no lo es menos que tuvo que ser detenida abruptamente por Washington ante el derrotismo proletario que emergía en los países vencidos (ver las informaciones contenidas en "*Guerra imperialista de los Balcanes. Contra la conferencia reaccionaria de paz. Por un Conferencia Proletaria Internacional*", en HILO ROJO nº 9, noviembre/diciembre de 1995). Si es cierto también que la guerra fue motivo de la orquestación, en los países capitalistas más avanzados, de una reaccionaria campaña "antifascista", con la que la mayor parte de los partidos capitalistas unidos -desde la derecha hasta la extrema izquierda trotsquista- trataron de involucrar al proletariado en la defensa de uno de los bandos reaccionarios de la guerra, no lo es menos que los logros efectivos de ese frente democrático-reaccionario burgués que pretendía hacer

desfilan a los trabajadores del brazo de sus patronos, no fueron más allá de una cierta cohesión de las filas de la pequeña burguesía radical la cual, dejando a un lado sus antiguas poses pacifistas y ecologistas, pasó, sin más, a ser nucleada bajo la bandera beligerante de la exigencia de "*¡Armas para Bosnia!*" y del "*¡No pasarán!*".

Sí, pese a todo, los resultados reaccionarios de la guerra de los Balcanes -a escala de la correlación de fuerzas internacional entre burguesía y proletariado- han sido finalmente raquíticos. Incluso, en el país a la postre más claramente vencido, Serbia e incluso, en Bosnia mismo, no pueden descartarse, a día de la fecha, la aparición de nuevos movimientos de resistencia proletaria capaces de hacer tambalear a los débiles gobiernos de ambos Estados.

Pero ¡atención proletarios!, porque si la guerra de los Balcanes sólo ha tenido magros resultados en el aplastamiento del proletariado internacional del que precisa ineludiblemente la sociedad capitalista para poder desatar, con mínimas garantías, una III Guerra Mundial, ahora, esa guerra reaccionaria ha sido sustituida por una paz no menos imperialista, por una paz que representa objetivamente un nuevo paso de la sociedad burguesa en la preparación de las condiciones económicas, políticas y militares de una nueva gran guerra antiproletaria.

* * *

De la misma manera que el tratado de Bucarest, firmado en agosto de 1913, para concluir "*la segunda guerra balcánica*" devino, en realidad, el anticipo de un nuevo y mayor estallido en la zona que precipitaría, un año después, el inicio de la I Guerra Mundial, el acuerdo de paz de Dayton, firmado recientemente y que ha puesto fin a la guerra entre Bosnia, Serbia y Croacia, lejos de resolver los problemas que originaron el conflicto, no hace más que agravarlos a la espera de un nuevo y mayor estallido en condiciones, hoy por hoy, imprevisibles.

De entrada, el mismo imperialismo reconoce que:

"El compromiso militar de la OTAN no puede por sí solo garantizar una paz a largo plazo, que sólo surgirá del programa político, económico y social de reconstrucción"

(Declaraciones del secretario general de la Alianza, Javier Solana. *El País*, 21 de diciembre de 1995).

Pero la única realidad, por el momento, es que 20.000 de sus soldados han llegado ya mientras que el capital necesario para la reconstrucción brilla por su ausencia. Tan sólo el Fondo Monetario Internacional (FMI) ha aprobado un "*crédito de emergencia*" a Bosnia por importe de 45 millones de dólares (unos 5.500 millones de pesetas), cuando según las primeras estimaciones oficiales sólo la reconstrucción de las infraestructuras eléctricas, de transporte y comunicaciones de dicho país, importa, en los próximos tres meses, 518 millones de dólares (más de 60.000 millones de pesetas). A todo ello, el "*Encuentro de Donantes*", convocado por la Comisión Europea y el Banco Mundial, con objeto de decidir la cuestión, se ha desarrollado a la greña entre las principales potencias imperialistas. Mientras la Unión Europea (UE) pretende dividir la inversión de reconstrucción en tres tercios (la propia UE, EE.UU. y Japón junto a los países islámicos), Washington se resiste tenazmente a ello. A las puertas de la próxima crisis económica y atareados febrilmente en intentar reducir sus propios déficits internos, tal como están, sin excepción alguna, todos los grandes Estados capitalistas, fácil es prever la cicatería con que, unos y otros, abordan hoy tales "*donaciones*". Y, sin embargo, como hemos visto, ellos mismos lo saben: si no derraman capital suficiente para engrasar la máquina de las economías balcánicas, estos Estados no tardarán, de nuevo, en exacerbar los enfrentamientos nacionales, como válvula de escape imprescindible del ataque acrecentado que las distintas burguesías de la zona están obligadas a desarrollar, durante la actual postguerra, contra las, ya de por sí insufribles, condiciones de supervivencia del proletariado.

Pero las consecuencias de la paz imperialista impuesta en los Balcanes apuntan mucho más allá de esta escena regional. De la mano de ella, las principales potencias imperialistas desplegarán, en el próximo año, hasta 60.000 soldados a tan sólo unos pocos centenares de kilómetros de una Rusia que camina aceleradamente, tambaleándose, hacia el estallido inminente, inevitable, de una situación revolucionaria. Y ello tiene lugar cuando la misma OTAN, mediante la incorporación, en marcha, de los países del Este de Europa, situará sus ejércitos, en breve, justo en las líneas fronterizas rusas.

* * *

Pero, a todo esto, ¿permite la situación en Rusia que el imperialismo haga de ella una nueva Yugoslavia a gran escala, el nuevo escenario de una nueva guerra reaccionaria, de un nuevo paso, esta vez de mucha mayor entidad, hacia una III Guerra Mundial?...

El análisis de los resultados de las últimas elecciones legislativas, celebradas el pasado diciembre, puede servirnos de punto de partida para comprender la correlación real de fuerzas, imperante en el país, entre burguesía y proletariado. En ellas, han perdido terreno todos los partidos burgueses que han defendido, con más o menos claridad, la "*reforma económica*" auspiciada por Yeltsin. Lo ganan, en cambio, y muy destacadamente, los falsos "comunistas" -¡inveterados reformistas, en realidad!- del denominado "*Partido Comunista de la Federación de Rusia*" (PCFR) de Guennadi Ziugánov que han declarado oponerse a ella. El segundo partido más votado es también altamente crítico con la "*reforma*" emprendida. Se trata del fascista "*Partido Liberal-Democrático*" (PLD) de Vladimir Zirinovski. Así, pues, indiscutiblemente, incluso a pesar de la mistificación propia a toda elección burguesa, la primera lección que se desprende de los comicios es que la poderosísima clase trabajadora rusa sigue atrincherada y decidida a defender, con uñas y dientes, sus mínimas condiciones de supervivencia que están siendo atacadas por la "*reforma*" capitalista. En tal situación, varios cientos de millones de proletarios rusos y de las repúblicas de la extinta URSS, han sido ya puestos entre la espada y la pared por la miseria capitalista. Acuciados por la rebaja de sus sueldos, cuando no por su impago y por la pérdida galopante de toda protección social, cuando no ya por la pérdida del empleo, no pueden permitirse retroceder ni un solo paso más. Según anunciaba el pasado 28 de septiembre el periódico

Obchtchaia Gazeta, a pesar de las continuas promesas de relanzamiento económico, Rusia no ha conseguido este año, favorable para los negocios del capitalismo mundial, más que ralentizar la caída de su producción. Las mismas fuentes anunciaban, además, que la cosecha de cereales caerá este año al nivel de 1965 y que el Estado, en su necesidad de intentar frenar su déficit para seguir contando con los capitales extranjeros, ha decidido liquidar sus acciones nada menos que en 29 de los mayores complejos industriales rusos, lo que daría paso "ipso facto" al despidido, por el capital privado, de nuevos centenares de millares de trabajadores.

Izvestia, del pasado 8 de septiembre, resumía, por su parte, como sigue, el logro principal, en 1995, de la "reforma económica":

"De hecho, un 80% de los rusos se han empobrecido todavía durante este año, mientras que el 10% concentra ya un tercio de las rentas".

Y el día 3 de ese mismo mes, le tocaba el turno al periódico *Moskovskie Novosti* de retratar irónicamente el futuro deparado por los planes gubernamentales de reducción del déficit, a decenas de millones de compañeros de nuestra clase pertenecientes a los sectores más indefensos del proletariado ruso:

"Es preciso desembarazarse de los viejos... ¿Pero no sufren igualmente los niños? Es, pues, preciso también deshacerse de ellos. Los que resten no estorbarán las reformas... Si los viejos, las mujeres y los niños desaparecieran, aunque no fuera más que por un periodo de transición, todos los problemas serían resueltos rápidamente".

Y, a todo ello, ¿cuál es la situación del núcleo más activo y decisivo del proletariado?... Alguien tan poco dudoso de aspiraciones revolucionarias como es el ex-dirigente de los mineros Aman Touleev, el cual se distinguió, en su día, movilizándolo reaccionariamente a los trabajadores en apoyo de Yeltsin, declaraba en *Pravda*, el pasado 29 de septiembre:

"En 1989, hicimos dos meses de huelga, y el poder soviético nos pagó salarios y primas... Hoy ya no hay salarios pagados a su tiempo. El carbón y los equipos están en situación de abandono. Por cada tonelada extraída, hay 15 muertos. El alcoholismo es aterrador. No hay represión, como en 1937. De acuerdo, Aún no. Pero la destrucción de un país humillado, como Hitler no pudo soñarlo... el bombardeo del Parlamento, los millares de refugiados, los millones de parados, la muy alta mortalidad, la muy baja natalidad, ¿esto no es represión?".

Por supuesto, el vendeproletarios Touleev, ha podido, por ahora, capear el temporal. Su anticomunismo de hace bien pocos años, cuando se le conocía como el "Walesa del Kuzbas siberiano" no ha sido obstáculo para figurar, en estas pasadas elecciones, en las filas del triunfador PCFR de Ziugánov... Claro está, sin embargo, que esa puerta de traición a su clase traspasada por el miserable Judas Touleev, no está en absoluto abierta para millones y millones de proletarios rusos a los que, en breve, el capitalismo ya no deja otra salida que luchar, a vida o a muerte, por la supervivencia de los suyos.

La burguesía, consciente de ese polvorín, ha adelantado ya sus próximos peones, en estas pasadas elecciones. Ha elevado a la mayoría de su Parlamento a aquellos partidos que, recogiendo demagógicamente el sentir proletario, absolutamente contrario a las "reformas", pueden, como alternativa al desgastado Yeltsin, intentar desviar la explosión social inminente hacia el terreno imperialista de una contienda bélica, de una matanza reaccionaria entre los propios proletarios. Así, si de un lado, el cerco financiero, político y militar de las grandes potencias imperialistas sobre Rusia no deja lugar a dudas sobre las intenciones reales de éstas: acabar repartiéndosela para saquear, sin estorbo alguno, sus todavía inmensas materias primas, de otra parte, el imperialismo reaccionario y creciente de la burguesía rusa es también patente. Si hace unos meses Zirinovski no dudaba en afirmar su voluntad de "mojar las botas del soldado ruso en el océano Indico", ahora lo primero declarado por el vencedor de los comicios, Ziugánov, ha sido su intención de "reconstituir" la URSS...

En tal contexto, la paz imperialista de los Balcanes obra económica, política y militarmente por la preparación, no sólo de un nuevo y mayor conflicto en la zona, sino de la guerra imperialista en Rusia como anticipo reaccionario de la III Guerra Mundial.

* * *

¿Queremos decir, al reconocer esta realidad -la preparación objetiva por el capitalismo de la III Guerra Mundial imperialista- y advertir al proletariado sobre ella, que el curso hacia esa nueva e inmensa masacre antitribujadora, está ya trazado; que esa guerra reaccionaria es ya inevitable?... Sólo lacayos reformistas del capitalismo o elementos proletarios extremadamente alejados de la realidad de nuestra clase podrían hoy afirmar tal cosa...

No, compañero lector, el curso de la lucha de clases no está decantado, en nuestros días, hacia la guerra. Tampoco lo está hacia la revolución. Lo que sí está decidido es que los acontecimientos actuales, el presente periodo de la lucha de clase, desembocarán, de nuevo, en esa disyuntiva histórica, en esa situación revolucionaria caracterizada, o bien por el imperio de la contrarrevolución -de la nueva guerra imperialista mundial- o bien por el de la nueva revolución proletaria internacional. ¿De qué lado se inclinará la balanza?... En todo caso, la tarea de los comunistas, como elementos más avanzados del proletariado, no es especular sobre hipotéticos desenlaces de las circunstancias históricas futuras ni formular grandilocuentes promesas de victoria. El deber de nuestro Partido es preparar a nuestra clase para que afronte, en las mejores condiciones posibles, ese nuevo choque social que ya se vislumbra. De cualquiera de las maneras, no sólo las fuerzas burguesas preparan su propia salida a la actual situación; el proletariado de nuestros días, con su potencia de lucha globalmente intacta también calienta motores, también empieza a agruparse independientemente, como clase, también empieza, otra vez, a fundamentar, con su acción, a la luz pública, su candidatura revolucionaria a tomar mañana las riendas de la sociedad humana.

En agosto pasado, en este mismo espacio editorial, escribíamos:

"Bajo tales coordenadas, bajo tal necesidad apremiante del capital de proseguir e incluso de arreciar -aunque llueva sobre mojado- sus ataques contra las condiciones mínimas de supervivencia de los trabajadores, los proletarios revolucionarios no podemos prever otro paisaje social, como consecuencia de la llegada de la nueva crisis, que el de la extensión masiva de las luchas de resistencia de nuestra clase"

("La nueva crisis que viene y las tareas de los revolucionarios". HILO ROJO nº 8, septiembre/octubre de 1995).
Y se añadía, más adelante:

"En definitiva, si en la presente situación está servida ya la perspectiva de la crisis, cuando ésta arribe finalmente, el horizonte social próximo no será otro que el de ese enfrentamiento entre un capitalismo obligado a imponer, sin más dilación, nuevos y más extensos planes de miseria y un proletariado obligado ya a luchar masivamente por su supervivencia no sólo contra los burgueses declarados, sino también contra los lacayos reformistas que haciendo el juego a éstos llegarán, otra vez, a sentarse en los diferentes gobiernos capitalistas.

Ese nuevo giro en ciernes de la lucha de clases es el que plantea los términos objetivos de las vigentes tareas del proletariado revolucionario"

(Idem).

Por ende, en ese mismo editorial nos ratificábamos en nuestra previsión de 1996 como el año del estallido de esa nueva crisis. Tiempo habrá, sin embargo, para que HILO ROJO dé cuenta, de la exactitud de ése su cálculo. Pero permítasenos, por lo pronto, constatar una primera verificación de la perspectiva de la lucha de clases para la que, desde entonces, preparamos al proletariado revolucionario. Hablábamos, en ese pasado agosto, de un "paisaje social" caracterizado por "la extensión masiva de las luchas de resistencia de nuestra clase", nos preparábamos y llamábamos a prepararse a los revolucionarios para responder a las exigencias de "un proletariado obligado ya a luchar masivamente por su supervivencia no sólo contra los burgueses declarados, sino también contra los lacayos reformistas" que, desde dentro mismo de las filas trabajadoras, hacen el juego al capitalismo.

Veremos si realmente la nueva crisis estalla en 1996. Aún lo prevenimos así. Pero lo que sí ya tenemos ante nuestros ojos, sin ningún género de dudas, es ese "nuevo giro" -entonces todavía "en ciernes"- "de la lucha de clases". Ha correspondido, como en otras ocasiones, al proletariado francés girar esa nueva página del acontecer histórico. Con su imponente oleada huelguística de estos últimos meses, ese destacamento fundamental del proletariado mundial ha abierto paso irremisiblemente al desarrollo, en plena superficie social, de un vector de la situación hasta entonces soterrado; ha activado, con su combate porfiado, un determinante, hasta entonces sólo latente, de la correlación de fuerzas entre burgueses y proletarios: el de la lucha de resistencia de las masas trabajadoras contra los ataques capitalistas. En adelante, suceda lo que suceda, ya nada volverá a ser como antes de la irrupción masiva en escena de los trabajadores franceses durante este pasado octubre-noviembre-diciembre de 1995.

¡Nuestro Partido da su más efusiva bienvenida al movimiento masivo de resistencia del proletariado! ¡Adelante con las huelgas y las luchas trabajadoras! ¡Adelante, a conquistar la calle, compañeros proletarios, con nuestra reivindicaciones!

* * *

Proletariado contra burguesía, clase contra clase; tales han sido los términos de la batalla entablada en Francia. Proseguirá, sin duda, tras la tregua navideña. Tras casi tres meses de pugna abierta, ambos contendientes se han retirado, por unas semanas, a sus cuarteles de invierno. Sin vencedores ni vencidos todavía, el veredicto aún sigue en el alero. Aprovechemos la breve tregua, ahora establecida, para pasar revista a las fuerzas de cada bando.

La burguesía ha actuado, en la lucha, como lo que es, para el caso, un ejército mercenario, bien adiestrado profesionalmente. En su ala derecha, ha formado el Gobierno, el cual -incapaz de hacer frente policialmente a la imponente movilización proletaria que se le venía encima y plenamente consciente de que la retirada de sus planes antitrabajadores hubiera supuesto un golpe de muerte, no sólo para la desvencijada V República capitalista francesa, sino también para la no menos atribulada Europa burguesa- ha utilizado todas las armas a su alcance. Primero, aguantó el tipo, negándose, en redondo, a negociar otra cosa que no fuera el calendario de aplicación de las medidas antiproletarias decididas. Más tarde, recabó el apoyo del resto de fracciones burguesas para tratar de limitar el alcance de las movilizaciones. Al fin, ante el despliegue incesante de éstas y el sonado fracaso para hacerles frente, en la calle, mediante un movimiento de "consumidores" rompeshuelgas, no tuvo más remedio que abrir la vía de la "cumbre social sobre el empleo", la "caja de Pandora" del pacto reaccionario, con los dirigentes reformistas de los sindicatos.

Auténtica "caja de Pandora" -como decimos- esa "cumbre social" pues, atrayendo la atención del proletariado sobre lo que "ofrecen" las diversas fuerzas fácticas burguesas y, en particular, sobre el papel traicionero, para los intereses de nuestra clase, que juegan los dirigentes reformistas de los sindicatos, constituidos en la principal atracción de ella, tiene trazas de nacer muerta y acabar desatando mayores iras que las que trata de conjurar. El problema de la situación, para la burguesía, es que no tiene margen de maniobra. Tras años de titubeos y retrocesos ante la resistencia y amenaza proletarias, no puede ya retrasar, por más tiempo, la aplicación de sus medidas "antidéficit" que significan, ni más ni menos, que un ataque en toda la regla contra las conquistas trabajadoras de los últimos cincuenta años. El gasto público del Estado francés se eleva insosteniblemente ¡a un 54% del Producto Interior Bruto (PIB)! En tales condiciones, la Francia burguesa se condena a perder el tren europeo si no somete ya, de inmediato, al proletariado a sus planes de miseria. Esta perspectiva llena de gran inquietud al resto de burguesías europeas, pues claro está como el agua que sin el acomodo de la burguesía francesa, sería el propio tren europeo el que descarrilaría dando paso, de nuevo, como en los años previos a las anteriores guerras mundiales, pero ahora intempestivamente para la suerte de la hacienda capitalista, al enfrentamiento imperialista abierto entre Alemania y el país galo. Pero, de otro lado, el proletariado francés, con un 11,5% de compañeros sin trabajo y tras haber soportado las calamidades de

la anterior crisis ¡y de la presente recuperación!, tampoco puede abandonar, a su suerte, a los funcionarios atacados por Juppé, sin cavar su propia fosa. La contradicción existente entre la reducción de las huelgas en las empresas privada, de una parte, y, de otra, la enorme y constante participación de trabajadores de todos los sectores en las manifestaciones, expresa mejor que cualquier otra cosa que el proletariado, si bien aún no ha sido capaz de hacer frente, en el corazón duro del capitalismo -la empresa privada- a los dirigentes traidores de los sindicatos que han volcado toda su autoridad para impedir allí las huelgas, sí que ha entendido claramente que sus intereses son únicos y que es hora de defenderlos:

"Bien seguro, esto no ha salido de la nada: desde los precedentes movimientos de enfermeras y las huelgas de ferroviarios, desde el invierno estudiantil de 1986 al levantamiento en masa del 16 de enero de 1994 contra la agravación de las disposiciones de la ley Falloux, se vio entrar en acción a categorías enteras de trabajadores que imponían su punto de vista a sindicatos vacilantes (o producían nuevos sindicatos). Hoy, incluso si se puede hacer confianza a los poderes establecidos para intentar romper el movimiento sector por sector (dando a los unos para mejor rechazar a los otros), para levantar a los "usuarios" contra los "huelguistas" (como si no se tratara de las mismas categorías sociales y frecuentemente de los mismos individuos), incluso si el miedo de la miseria consecutiva a una larga huelga puede en los próximos días hacer aparecer divisiones entre los que querrán volver al trabajo y los que querrán proseguirla, el hecho nuevo y mayor es que las huelgas recogen una simpatía bastante general. No, los funcionarios y trabajadores de los sectores públicos no están "garantizados". Si son derrotados, son los derechos de todos los que serán gravemente mermados para la próxima década"

("Le nouveau prolétariat vous salue bien!". Michel Cahen, Le Monde, 7 décembre 1995).

En efecto, ni la burguesía ni la clase trabajadora pueden retroceder sin evidente daño pero la cuestión es, como reconocía el también conservador Valéry Giscard d'Estaing, que:

"Ni Gobierno ni sindicatos tienen margen de maniobra, lo cual hace muy peligrosa esta situación"

(El País, 5 de diciembre de 1995).

De hecho, el propio primer ministro se encargó, pocos días después, de dejar esto bien claro en sus diferentes intervenciones ante el resto de fracciones burguesas:

"La imagen de televisión es demoledora. Alain Juppé, en la Asamblea Nacional, grita a la oposición: ¿cuál es la alternativa?; y ante el silencio de sus oponentes dirige la mano hacia la oreja, haciendo la caracola para multiplicar la capacidad del oído, y repite: ¿cuál es la alternativa?"

("Miedo al futuro". Joaquín Estefanía en El País, 10 de diciembre de 1995).

Y hasta tal punto la lucha entablada es clase contra clase que todas las fracciones burguesas han comprendido perfectamente, desde hace ya semanas, la necesidad de olvidar, por el momento, mientras dure la pugna, sus propias aspiraciones particulares de partido, la necesidad de sostener, como un solo hombre, contra el movimiento proletario que amenaza con cuestionar el Estado capitalista, al Gobierno de derechas que ayer mismo aspiraban a defenestrar. Así, el "Partido Socialista Francés" (PSF), alineado en el centro del dispositivo de batalla burgués, declaraba, el pasado día 13 de diciembre, por boca de su portavoz parlamentario, Laurent Fabius, que *"no exigía la dimisión de Alain Juppé"*, y que *"prefería no echar leña al fuego"* (*El País*, 14 de diciembre de 1995). Ese mismo día la también "socialista" Martine Aubry subrayaba:

"El interés del país, el de todos, es que la crisis termine. Hace falta reformar la Seguridad Social; en eso estamos de acuerdo todos. Juppé debería negociar sus planes de reforma y calmar la situación"

(Idem).

En cuanto al ala izquierda del ejército de la burguesía francesa, no se la verá formar, por su parte, en el campo abierto de batalla, contiguamente a ese centro "socialista". Opera, por el contrario, tras las filas del enemigo, en el seno mismo del movimiento proletario. Está representada, en la actualidad, fundamentalmente por los lugartenientes reformistas del capitalismo que lideran los sindicatos de trabajadores. Y hay que reconocer que, en verdad, la labor de zapa antiproletaria, desplegada por esos lacayos de la burguesía, ha sido y es extremadamente valiosa para la suerte de la batalla, aunque la clase trabajadora haya salvado, hasta hoy, su movimiento manteniéndose a una distancia palpable de dichos traidores.

De entrada, el proletariado expulsó, a empellones, de sus manifestaciones, a la mismísima secretaria de la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT), Nicole Notat, después de que ésta se mostrara favorable a la reforma de la Seguridad Social.

Más difícil, mucho más difícil, sin embargo, está siendo, para los trabajadores, enfrentarse a las experimentadas direcciones de la Confederación General del Trabajo (CGT), en manos del burgués "Partido Comunista de Francia" (PCF) de Robert Hué, y de Fuerza Obrera (FO), sindicato bajo la dirección del PSF. Louis Viannet, secretario general de la CGT y cabecilla visible de esta banda de saboteadores burgueses de la lucha proletaria, ha mostrado, en especial, haber aprendido bien la lección de la larga huelga ferroviaria de 1986, cuando su línea reformista fue desbordada, bien a las claras, por las coordinadoras formadas espontáneamente por los huelguistas. En cualquier caso, tanto él como Marc Blondel, secretario general del sindicato FO, tienen bien claro su papel de cortafuegos del movimiento proletario:

"Los otros sindicatos se descolgaron, quedaron solos FO y CGT. En ambos sindicatos se opinaba que la huelga estaba "instalada" y que, en caso de desconvocarla, podría seguir con coordinadoras improvisadas al frente. "Lo que exigimos es claro: que se retire el plan de reforma de la Seguridad Social. Después, sin imposiciones previas, negociaremos sobre lo que haga falta", dijo Viannet. "¡Que Juppé escuche de una vez el clamor de la calle!", exclamó Blondel"

("La protesta social bate marcas en Francia". Enric González en El País, 13 de diciembre de 1995).

A todo ello, estos servidores del capitalismo, se empleaban, a fondo, en las grandes empresas, donde tienen una fuerte implantación, como es el caso de la CGT en la Renault, para impedir que los trabajadores se unieran a la huelga, mientras que, entre los huelguistas, intentaban aislar a la parte más avanzada que quería ir más allá en la protesta y, sobre todo, a quienes amenazaban con irrumpir, como proletarios, como clase independiente, en la escena política del país. Desde luego, la vanguardia burguesa no se llamaba a engaño alguno sobre el carácter real de esquirolaje que revestía y reviste la acción de estos líderes pseudoobreros:

"Tras la presión de los líderes sindicales se adivinaba su interés en acabar pronto y satisfactoriamente con una crisis que les desbordó desde el principio. Para Blondel y Viannet, la salida óptima consistiría en que las manifestaciones convocadas para el sábado fueran multitudinarias, pero no tanto como para causar una crisis política, y que, bajo su efecto, se celebrara una negociación de urgencia el domingo o el lunes. Con los planes gubernamentales sobre las pensiones del sector público y la Sociedad Nacional de Ferrocarriles ya suspendidos, tanto CGT como la FO sólo necesitarían alguna concesión menor respecto al plan de reforma de la Seguridad Social y alguna otra bonificación, como una reducción de la jornada laboral, para cantar victoria y volver a casa. En cierta forma, las fuerzas sindicales temían lo mismo que Juppé: que las manifestaciones del sábado rompieran el marco sindical y se convirtieran en una protesta política multiforme y lejos del control de los partidos"

("Los sindicatos temen no controlar la crisis. Los huelguistas franceses, divididos entre dialogar o radicalizar la protesta". Enric González en El País, 15 de diciembre de 1995).

Como siempre, el traidor Louis Viannet se constituía en la punta de lanza de esta campaña reformista de choque para evitar que el proletariado tome partido político, desarrolle su propia política de clase, acabe enfrentándose abiertamente al poder estatal de su enemigo más inmediato, la propia burguesía francesa:

"Hay una ruptura entre la gente y lo que llamamos élites, esas gentes que creen tener la facultad de saber lo que es bueno para Francia y prescindan de la opinión de los primeros interesados, los franceses. Las acusaciones de que ésta ha sido una huelga política no tienen ningún sentido. Hace poco pasé por delante de un grupo que gritaba Juppe, dimisión; me volví y les pregunté: ¿Y quién queréis que le sustituya? Se callaron inmediatamente, porque la cuestión no consiste en si Juppé o si Fulanito, sino en qué política se desarrolla y cómo se responde a los problemas planteados por la sociedad"

(Declaraciones de Louis Viannet a Le Monde, 19 de diciembre de 1995).

* * *

¡Henos, aquí, compañeros, al cabo de la calle, confrontados ante el asunto esencial con el que chocará, de nuevo, el movimiento proletario, tras esta actual tregua! Viannet dispara con bala: "¿quién queréis" que "sustituya" a Juppé? -nos espeta-... En su día, los mencheviques y demás traidores al proletariado, los Viannet de aquel entonces, también preguntaron arrogantemente lo mismo en Rusia. Y Lenin se alzó, frente a todos ellos, para afirmar que los bolcheviques sí que estaban dispuestos, que los bocheviques sí que sustituirían mañana mismo, con su política revolucionaria, a los reformistas, en cuanto conquistaran la confianza del proletariado. Ese mismo Partido Comunista que no tardaría en cumplir su palabra, tomando en sus manos la dirección revolucionaria de un nuevo poder político, el del proletariado, sigue hoy dispuesto, señores burgueses, no lo duden, a cumplir su deber histórico. Y si hoy todavía, a falta de la eclosión de la nueva revolución, el Partido Revolucionario aún no emerge a la luz, ni en Francia ni en el resto del mundo, sólo una primera conclusión extraemos los comunistas de ello: ¡hay que prepararlo!

* * *

Compañeros lectores, los reformistas, de toda calaña, se aprestan ahora para afrontar un nuevo empuje del movimiento proletario en Francia. Temen, como la peste, la más que probable vuelta a la lucha de las masas trabajadoras:

"Alain Deleu, el moderado dirigente de la Confederación Francesa de Trabajadores Católicos (CFTC), partidaria de acabar con la protesta, se mostró preocupado por la situación: "Estamos en una encrucijada. Las huelgas pueden terminar o pueden generalizarse". Deleu expresaba su temor a que las huelgas concluyeran por simple agotamiento y su fin no fuera más que una tregua"

("Los sindicatos temen no controlar la crisis...).

"Deleu se hacía eco de lo que anteriormente había dicho la carismática socialista Martine Aubry, hija de Jacques Delors: "Es muy peligroso humillar a dos millones de huelguistas y manifestantes, porque su reacción, más pronto o más tarde, puede resultar devastadora"

(Idem).

En cuanto a Louis Viannet, expresaba, como sigue, sus reservas sobre la "cumbre social":

"Veremos si el contenido se corresponde a la ambición con que ha sido bautizada esa reunión. Si no se da respuesta a las cuestiones de salarios y salario mínimo (ya que el primer ministro habla de reactivar el crecimiento); si no se propone nada concreto sobre la reducción de la jornada laboral y sobre la transformación de empleos precarios en empleos a tiempo completo; si se insiste en hacer regalos a las empresas bajo el disfraz de ayudas al empleo, entonces la montaña habrá parido un ratón y el conflicto se reavivará.

Este movimiento no es comparable a ningún otro. Hay quien cree que la victoria de los ferroviarios supone el fin del conflicto, pero otros creen que esa victoria dará confianza y fuerza a un movimiento que exige cosas importantes. Si realmente el Gobierno imagina que el retorno al trabajo en los ferrocarriles significa el fin del movimiento, desconoce completamente los orígenes de esta explosión. ... Creo que el Gobierno ha subestimado el grado de hartazgo general. Muchas veces los ministros, y el propio Juppé, han intervenido para decir que no había que tener

miedo. Pero hay una angustia lúcida que reposa sobre las realidades del empleo, el descenso del poder adquisitivo, las dificultades de inserción de los jóvenes, los despidos constantes"

(Declaraciones de Louis Viannet a *Le Monde*, 19 de diciembre de 1995).

Desde luego que ese "*hartazgo general*" no ha sido ciertamente satisfecho con los pírricos resultados de la "*cumbre social*" reunida el pasado día 22 de diciembre en el palacio de Matignon: apenas algunas iniciativas, ya probadas anteriormente, y por cierto sin gran éxito, por el anterior primer ministro Balladur, para estimular el ahorro a largo plazo y animar el mercado inmobiliario y una petición del Gobierno a los empresarios para que "*intenten contratar a 250.000 jóvenes durante 1996*"... Ante tal fracaso, los líderes reformistas dan por descontado un nuevo relanzamiento del movimiento proletario:

"Es surrealista. Después de tres semanas de huelga prácticamente general en el sector público y en plena crisis social, ésta es la respuesta del Gobierno. No estamos nada satisfechos"

(Marc Blondel, secretario general de FO. *El País*, 23 de diciembre de 1995).

"Hay que seguir con las movilizaciones desde la primera semana de enero"

(Louis Viannet, secretario general de la CGT. *Idem*).

Para capear ese temporal proletario, ya lo hemos visto, la burguesía y sus lugartenientes sólo confían, en el fondo, en un solo hecho: en que el proletariado no dispone de su propio partido, de su partido revolucionario capaz de disputar el poder a los partidos capitalistas... Pero no hay mal que dure cien años y el Partido Comunista de Marx, Engels y Lenin lucha ya para volver a encontrar el camino que le conducirá, de nuevo, a la dirección revolucionaria de esas masas trabajadoras que se ponen, otra vez, en marcha. El enorme esfuerzo actual de los proletarios franceses no será, pues, de cualquiera de las formas, baldío. Al empujar a nuevos destacamentos del proletariado internacional a la lucha, al hacer madurar revolucionariamente la conciencia de los proletarios más avanzados del movimiento que chocan cotidianamente con la traición del reformismo, esta formidable lucha de hoy de nuestra clase favorece las condiciones objetivas en las que los comunistas de hoy preparamos el próximo Partido Revolucionario de mañana.

¡A tiempo se enterarán ustedes de ello, señores reformistas!...

* * *

Con todo, el futuro de la lucha en curso de los proletarios franceses es incierto. Pero suceda lo que suceda con ella en las próximas semanas y meses, las repercusiones internacionales de su movimiento no dejarán de sentirse. Si, pese a la falta de dirección revolucionaria, la imponente movilización proletaria acabara por amedrentar a la burguesía francesa hasta el punto de decidirla a retirar la "*reforma*" del Gobierno Juppé, la victoria obtenida se transformaría en un sólido punto de apoyo para próximos combates, aún más resueltos, librados todavía con mayor confianza en sus propias fuerzas, no sólo por parte de los trabajadores franceses sino, en general, de los trabajadores del resto de los países europeos avanzados. Incluso, si por el contrario, el movimiento fuera derrotado y los trabajadores tuvieran que volver a la "normalidad" prácticamente con las manos vacías, la lucha no habrá caído en saco roto. Las medidas antiproletarias que, en todos los Estados, se ven obligadas, ya sin más demora, a aplicar los gobiernos capitalistas no tardarían, con toda probabilidad, en las vigentes condiciones de la lucha de clases, en hacer levantar vuelo, volviendo sobre los pasos dados por sus camaradas franceses, a un nuevo contingente trabajador de tal o cual país avanzado. Bajo tales coordenadas, el mismo retroceso que ahora pudieran sufrir los propios trabajadores franceses no podría ser duradero, sino provisional. Pase lo que pase, su lucha de ahora es un auténtico presagio de batallas más cruciales de la clase proletaria contra la burguesía.

Anticipa toda una ola de enfrentamientos declarados entre explotados y explotadores, justamente a las puertas de la próxima crisis económica cuyo estallido tratan de aplazar, a toda costa, las grandes potencias imperialistas por medio de la rebaja generalizada de sus tipos de interés. Así, el mes de diciembre pasado ha visto cómo, para intentar reactivar la economía, EE.UU., Alemania, Francia y Reino Unido, a la cabeza de otros países con menor peso, reducían un 0,25% el precio del dinero. La razón que ha motivado estas decisiones que arriesgan seguir desbocando el endeudamiento capitalista hay que buscarla en las últimas cifras económicas que anuncian la proximidad de la nueva crisis:

> En EE.UU., el desempleo aumentó, en noviembre pasado, una décima respecto a septiembre, situándose en el 5,6%, debido fundamentalmente a los despidos efectuados en sectores como el automóvil y el manufacturero.

> En Alemania, la economía creció, en el tercer trimestre de 1995, tan sólo un 1,5%, en comparación con el 2,9% en que lo había hecho a lo largo de 1994 y el 2,2% registrado en el segundo trimestre del presente año. La inversión descendió, entre julio y septiembre pasados, en un 0,9%, mientras que la tasa de paro subió de un 9,2%, en octubre, al 9,3% en el reciente noviembre, lo que supone 42.000 parados más y una cifra total de desempleados de 3,7 millones. El propio canciller Helmut Kohl declaró al respecto de todo ello:

"El crecimiento real de la economía sólo alcanzará probablemente el 2% este año, lo que resulta insuficiente para mejorar la situación del mercado de trabajo"

(*El País*, 13 de diciembre de 1995).

> Francia misma marcha imparablemente por la pendiente de la desaceleración económica. En el tercer trimestre de este año la economía sólo creció un 0,2% y para el cuarto se prevé ¡un 0%!... De hecho, Jean Gandois, presidente de la Confederación Nacional de Patronos Franceses (CNPF) declaró, en vísperas de la comentada "*cumbre social*", que "*Francia se encaminaba a la recesión y que sólo podría mantenerse la actividad económica si se producía una rápida y drástica bajada de los tipos de interés*" (*El País*, 20 de diciembre de 1995).

Consigan los Gobiernos capitalistas, aún por un tiempo necesariamente reducido, demorar el estallido de la nueva crisis económica o fracasen en su empeño, lo que es seguro, después del ejemplo dado por el proletariado francés, es que las masas trabajadoras se aprestan a hacer frente a la miseria insoportable en la que las está sumiendo el desarrollo capitalista. Por ende, necesitados del partido que defienda sus propios intereses, centenares de millones de proletarios abandonan la confianza que habían despositado en los partidos socialdemócratas, en los reformistas moderados del capitalismo, y miran a la izquierda de esos líderes traidores, en la actualidad ya ampliamente desprestigiados. En el Este y en el Oeste de Europa, las masas proletarias dan su confianza a reformistas más de izquierda: al PCFR de Ziugánov en Rusia y a los "ex-comunistas" en Polonia y en el resto de países del Este; a esos mismos reformistas, tráfugas, de los antiguos PCs burgueses y al ala izquierda de la socialdemocracia (Lafontaine) que anuncia el pacto con ellos en Alemania, al PCF y a sus ayudantes trotskistas de Lutte Ouvrière (LO) en Francia, a Rifondazione en Italia, al PCE de Anguita en España,...

Sí, a la vista está: las masas trabajadoras marchan hacia su izquierda y lo hacen de la única manera en que ello es posible en el mundo real de la lucha de clases: albergando aún las ilusiones más nefastas en todos esos traidores, de palabrería más radical ciertamente que la socialdemocracia conservadora, pero no por ello menos al servicio del capitalismo que ésta. Inevitablemente el nuevo movimiento proletario de nuestros días deberá realizar la experiencia de esos programas burgueses, de esos líderes que ofician de guardaflanco izquierdo de la burguesía; inevitablemente deberá todavía comprobar, en sus propias carnes, la naturaleza antiproletaria de su reformismo, de su demagogia pseudotrabajadora. Los comunistas de hoy obramos precisamente para que dicha dura experiencia por la que, de forma insoslayable, empieza a transitar, otra vez, el proletariado, no resulte finalmente en otra desmoralización, en una nueva derrota histórica de nuestra clase, capaz de abrir paso a la III Guerra Mundial imperialista de la que precisa el capitalismo para seguir desarrollándose. En este combate decisivo que libra nuestro Partido para ofrecer al proletariado los medios para superar revolucionariamente las amargas traiciones que sufre y, sobre todo, las felonías aún mayores, a todo lo visto, que próximamente se avecinan, sólo hay una garantía: la preparación, la construcción, en base a la lucha implacable contra la burguesía y sus lacayos, y contra el oportunismo que corroe las propias filas proletarias, del verdadero Partido Comunista, del Partido de Marx, Engels y Lenin, del Partido que ha sido, es y será capaz de conducir al poder político de la sociedad a la clase trabajadora. En ello se ocupa HILO ROJO y en ello llamamos a ocuparse a todo proletario consciente del destino revolucionario de su clase.

* * *

Pero esta lucha por ese Partido, por el Partido Comunista de la próxima revolución no tiene una dimensión ideológica, sino material. Se trata de un combate partido contra partido en el que, para vencer, nuestra clase deberá forjar, ni más ni menos, que el núcleo de comunistas, de auténticos revolucionarios profesionales, de carne y hueso, capaces teórica y organizativamente de conquistar la dirección revolucionaria del proletariado, sobre la base del desenmascaramiento y la victoria política sobre las actuales direcciones reformistas al servicio de la burguesía. La confrontación programática abierta contra tales traidores y contra su influencia en el seno mismo del proletariado es, desde luego, un eje irrenunciable de esta lucha por el Partido. Pero, por sí solo, este enfrentamiento polémico - programa contra programa- es insuficiente para responder a las exigencias de preparación efectiva de ese Partido. Para que los millones de proletarios que entran en acción lleguen a contar con un polo de referencia revolucionario, para que las decenas de miles de proletarios que encabezan ese nuevo movimiento puedan orientarse revolucionariamente y llegar a tomar partido por el comunismo, para que los centenares de proletarios más avanzados que hoy militan en grupos y partidos oportunistas, marchando así bajo políticas objetivamente ajenas a las del Partido de Marx, Engels y Lenin, puedan asimismo llevar a cabo su propia experiencia revolucionaria de tales líneas liquidadoras, para que incluso el pequeño núcleo de camaradas que hoy se van agrupando en nuestro Partido, en HILO ROJO, pueda formarse como una verdadera dirección comunista de nuestra clase, es preciso, compañero lector, no sólo desarrollar la crítica comunista, sino, al mismo tiempo, tomar a cargo la tarea de impulsar, en los hechos, un reagrupamiento proletario revolucionario, internacionalista, de todas las fuerzas que, pese a sus amplias diferencias políticas, hoy combaten al capitalismo.

HILO ROJO, públicamente, ante el proletariado, declara asumir esta tarea. En la antesala de la nueva situación revolucionaria, tomamos, así, en nuestras manos, la responsabilidad de desplegar el mismo tipo de labor -la forja de la unidad revolucionaria de la vanguardia proletaria- que llevó, en su día, al Partido de Lenin, con ocasión de la preparación de la revolución de su tiempo, a reunir, en 1915 y 1916, las fuerzas internacionalistas del proletariado en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, el mismo tipo de labor que le condujo, más tarde, ya en plena revolución, a agrupar en un sólo partido revolucionario, la III Internacional fundada en 1919, a todas las fuerzas proletarias orientadas hacia el comunismo.

En esta dirección, a inicios del pasado mes de septiembre, mientras aún se desarrollaba la guerra imperialista en los Balcanes, HILO ROJO se dirigió directamente a todas las organizaciones de nuestra clase que conoce para proponerles "*la preparación de una Conferencia Proletaria Internacional*" que tuviera como objetivo responder revolucionariamente a esa contienda reaccionaria. Lamentablemente, la casi totalidad de esos numerosos grupos, organizaciones y partidos que alardean de "comunistas" y de "revolucionarios", que han jurado y perjurado, en sus escritos, luchar contra tal guerra imperialista, no tuvieron, sin embargo, problema alguno en dar la callada por respuesta a nuestra fraternal carta, a nuestra propuesta de emprender, en beneficio del conjunto del proletariado, una acción internacionalista común.

Tan sólo los compañeros ingleses de "Communist Workers Organisation" (CWO), en nombre propio y de su agrupamiento internacional, el "International Bureau for the Revolutionary Party" (IBRP), respondieron a nuestra propuesta, lo que honra, dicho sea de paso, la naturaleza proletaria de dichas organizaciones.

Con todo, los compañeros de CWO e IBRP, aunque dejando abierto el canal fraternal de comunicación establecido con HILO ROJO (HR), declinaban su participación en tal campaña pues, según ellos:

"En pocas palabras, es realmente demasiado prematuro pensar en una conferencia internacional cuando una tal laguna política separa a HR, no sólo del IBPR sino del conjunto de la izquierda comunista"

(De la carta de CWO/IBRP a HILO ROJO del 17 de septiembre de 1995).

Debemos aclarar a nuestro lector no ducho en la realidad actual de las fuerzas proletarias que por "*conjunto de la izquierda comunista*" el CWO/IBRP y otros compañeros designan, bien a las fuerzas izquierdistas seguidoras de la línea de la izquierda italiana de Bordiga; bien a las que continúan la de la izquierda germano-holandesa de Rosa Luxemburg, Gorter y Pannekoek; bien a ambas. Y es notorio, claro está, que HILO ROJO -en tanto que está entroncado, al contrario que el CWO/IBRP y todos esos compañeros izquierdistas, con el Partido Comunista de Marx, Engels y Lenin y no con ninguna de esas desviaciones del comunismo, que fueron ya, en su día, combatidas por el propio de Lenin, como "*infantiles*"- tiene a gala desarrollar diferencias programáticas, históricamente irreconciliables, con esas corrientes izquierdistas proletarias. Todo compañero que nos siga sabe, además, que, lejos de ocultar esas divergencias políticas fundamentales, HILO ROJO hace constantemente de ellas, en beneficio de la clarificación de las filas del proletariado, objeto de confrontación programática revolucionaria.

Pero aquí, compañeros de CWO/IBRP, aquí compañeros de otras corrientes, grupos, organizaciones y partidos proletarios que habéis hecho oídos sordos a nuestra propuesta, no se ventila si existen o no tales diferencias. Existen, compañeros, sin duda alguna, y son de magnitud tal que nos impiden pertenecer y preparar el mismo Partido. Tampoco se ventila si deben confrontarse o no. Debe hacerse, sin duda alguna. Debe desarrollarse, sobre ellas, la crítica comunista, de forma abierta y ante los ojos de todo el proletariado. Pero no es de eso de lo que aquí se habla, compañeros.

De lo que habla nuestra propuesta, a todos los proletarios revolucionarios, es de la necesidad, de la exigencia revolucionaria planteada actualmente en la lucha de clases, de que las fuerzas proletarias respondan en común frente a los ataques capitalistas, de que empiecen a erigir, a la vista de las masas proletarias, y en contra de todas las fracciones reformistas, un polo de referencia revolucionario e internacional, de defensa intransigente de la independencia de clase del proletariado. ¿Qué tiene entonces, compañeros de CWO/IBRP, todo esto que ver con la "*laguna política*" que hoy nos separa? ¿No será, más bien al contrario?...; ¿No será más bien, compañeros, que esa "*laguna*", para ser colmada algún día, precisará, no sólo de la polémica programática, sino de la experiencia de lucha revolucionaria unida, codo con codo, de nuestras fuerzas?... Y, de otra parte, ¿qué favor tan inexplicable hacéis al proletariado vosotros, el resto de compañeros que no ha respondido a esta propuesta de lucha unitaria, revolucionaria, manteniendo vuestro silencio, tan sectario siquiera para con los intereses de clarificación política de nuestra clase?...

Si, como decía Marx, "*cada paso del movimiento real vale más que una docena de programas*" (carta a W. Bracke, 5 de mayo de 1875), el siguiente "*paso del movimiento real*" que prepara el Partido Comunista de la próxima revolución exige, como agua de mayo, la unidad internacional del proletariado revolucionario para:

- > Hacer frente a la preparación objetiva, por el capitalismo, de la III Guerra Mundial imperialista.
- > Hacer frente a los ataques del capital contra las condiciones de vida del proletariado.

Este es el mandato, transmitido a los proletarios más avanzados, por la paz imperialista de los Balcanes, por el enfrentamiento social inmediato al que se aboca Rusia, por la formidable movilización del proletariado francés... Es el mandato transmitido a los proletarios más avanzados por las masas trabajadoras que se ponen en movimiento y por todos aquéllos que, a la cabeza de ellas, buscan, a su izquierda, el verdadero partido del proletariado... En nombre de todos ellos, HILO ROJO se dirige, de nuevo, a todas las fuerzas de nuestra clase:

Sin ocultar ni atenuar, ni por un momento, compañeros, proletarios revolucionarios, la confrontación pública, ante nuestra clase, de las profundas diferencias programáticas que nos separan, os proponemos, de nuevo; os urgimos, de nuevo, fraternalmente a preparar, de forma unitaria, con HILO ROJO y cuanto antes, ese nuevo paso real que, antes o después, no os queda duda, conseguirá franquear el movimiento comunista de la próxima revolución: la reunión de una CONFERENCIA PROLETARIA INTERNACIONAL CONTRA LA PREPARACION DE LA NUEVA GUERRA IMPERIALISTA MUNDIAL Y LOS ATAQUES DEL CAPITAL CONTRA LAS CONDICIONES DE VIDA DEL PROLETARIADO.

Proletario:¡TOMA PARTIDO! ¡ESCRIBENOS!

"En torno a los andamios de *HILO ROJO*, se irá formando una organización permanente que se ocupará no sólo de las labores parciales e inmediatas, sino de la labor general regular de nuestro Partido. Una organización que habituará a sus miembros a seguir atentamente los acontecimientos políticos, a apreciar su significado y su influencia sobre los distintos sectores de la población, a concebir los medios más adecuados para que el Partido vaya influyendo en tales acontecimientos. La sola tarea técnica de asegurar un suministro normal de informaciones a *HILO ROJO* y una difusión normal del mismo obliga ya a ir creando una red, lo más tupida posible de redactores centrales, corresponsales locales, suscriptores, colaboradores y lectores de *HILO ROJO* que mantendrán, entre sí, relaciones cada vez más intensas, que conocerán el estado general de las cosas, que se acostumbrarán a cumplir sistemáticamente funciones parciales de la lucha general y que probarán sus fuerzas en la organización de distintas acciones revolucionarias. Esta red del periódico comunista, de *HILO ROJO*, será el almacén de la futura organización del Partido Comunista"

(De "*¿Por dónde empezar?...*", editorial de *HILO ROJO* n° 1, junio/julio de 1994).

...Correo del lector...

(>>> viene de p. 2 >>>>) trabajadoras! Las verdaderas enseñanzas de la lucha de Partido librada por Marx, Engels y Lenin; tales son nuestras señas de identidad. Y lo que esta lucha por el Partido necesita ahora de todos estos lectores que intentan situarnos es que confronten el programa de HILO ROJO (publicado en el nº 1 del periódico) con el de otros partidos y organizaciones, pretendidamente "comunistas". Comparen, compañeros, ustedes mismos, las lecciones revolucionarias de la lucha del Partido Comunista, de las que rebosa *HILO ROJO*, con el reniego, el silencio o el fraude, sobre ellas, que reinan, por doquier, en el panorama de las fuerzas burguesas y oportunistas.

Compañero lector: el primer considerando de los estatutos de la Primera Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional) ya planteaba "*que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera*". El Partido Comunista de la próxima revolución que hoy preparamos será obra también del propio proletariado. Pero un partido no se hace con buenas ideas. Se construye con la fuerza que le presta la clase cuyos intereses defiende. El periódico comunista que hoy está forjando ese Partido, compañeros, el *HILO ROJO* que tenéis en vuestras manos, tampoco vive de buenos deseos, de simpatías u opiniones favorables. Avanza con el apoyo que le dan, en los hechos, los proletarios más avanzados y conscientes; con la abnegación, sin límites, que le entregan los trabajadores revolucionarios. Lo que esta lucha por el Partido, lo que el periódico comunista, ahora necesita de sus simpatizantes, de sus lectores es todo su sostén, todo su esfuerzo revolucionario, político y material.

Lector revolucionario: ¡Toma partido por el Partido!; ¡Dale tu mano a *HILO ROJO*!

Lector:

¡SUSCRIBETE A *HILO ROJO*!

HILO ROJO es el órgano de nuestra clase que prepara el Partido Comunista de la próxima revolución. Organiza la lucha histórica que libra nuestro Partido para forjar la unión revolucionaria del proletariado. De la suerte de este combate secular depende el futuro de todos los proletarios. Contra nuestro enemigo, la burguesía, y su influencia capitalista reaccionaria en el seno de las propias filas proletarias, *HILO ROJO* sólo cuenta, para avanzar, con la conciencia y voluntad comunistas, con la abnegación revolucionaria de nuestra clase:

¡Ayúdanos a mantener, mejorar y difundir el periódico comunista! ¡Suscríbete!

España

Por 6 nº, (incluye suplementos) 3.000 ptas.

Envía, por correo el justificante del ingreso efectuado en la cta./cte. nº 2100.3206.6.9.2200347047 o el mismo importe, en sellos de correos, sin otra mención en el sobre, al Apartado de correos nº 265 -08080- Barcelona (España) y recibirás regularmente *HILO ROJO*.

Extranjero

¡Contacta con nosotros y te indicaremos cómo recibir el periódico comunista!